

DOS POETAS, DOS GENERACIONES: JUAN MANUEL ROCA Y SANTIAGO ESPINOSA

Conferencistas: Juan Manuel Roca y Santiago Espinosa
Moderador: Carlos Jaime Fajardo

IMAGINACIÓN Y LENGUAJE, FUNDAMENTOS DE LA POESÍA

La poesía y las artes en nacen por una inconformidad con la realidad, inició Juan Manuel Roca. Si los hombres estuvieran satisfechos con su entorno el arte no existiría; el arte es un medio para expresar lo que se siente y se piensa. Es casi una repulsa de la realidad inmediata, como un deseo de transcribirla a partir de un hecho vivido. Donde no hay poesía difícilmente hay arte, ya que es una forma de protesta hacia la sociedad. La poesía tradicionalmente es un estilo de vida, una forma de respirar, de andar por el mundo, de vivir, de ver las cosas que hay alrededor; por eso dijo Kant: “enseñadle a vuestros muchachos solo una cosa que éste no es ni el único ni el mejor de los mundos”.

La poesía es una construcción constante de la realidad que cada quien desea. A pesar de lo terca que es la realidad y de las leyes que impone, la poesía acepta el reto de pensarla para que no se limite a eso, abriendo el pensamiento a nuevas



posibilidades, para no pasar como los obtusos que ven más diversión en el juguete que en la caja, perdiendo el universo de juguetes y de juego que encuentra en ella, en la imaginación.

La poesía reinventa. Así como Miguel Ángel decía que sus esculturas ya estaban hechas, que él sólo limpiaba los contornos, de alguna manera a todos nos ha pasado lo mismo, agregó Santiago Espinosa. Hemos limpiado los contornos y siempre ha quedado el poema precisamente como eso, como una capacidad de imaginar que la vida es un acto singular y no simplemente se limita a una cifra o a un estado. Escribir poemas es una invitación a no envilecerse, a seguir imaginando, soñando y pensando que las cosas merecen ser dichas y nombradas.

Gonzalo Rojas decía que la poesía era el acto de la pequeñez, de volver a ser niño, de imaginar las cosas de nuevo. Volver a pensar que la rutina no es solo la rutina sino la adquisición de la historia universal, que los caballos pueden volar y que los sueños se cumplen. Imaginar es crear imágenes, recurso fundamental de la poesía; que también aleja a quienes no tienen otras realidades en su entender, y no pueden penetrar en el maravilloso poder evocador de la imagen.

La poesía quizás sea una de las últimas oportunidades que se tienen para ingresar en la vida de los otros. Es todo lo contrario a esa tendencia a pensar que es una expresión del llanto individual del lobo que grita lejos de la manada; por el contrario, la poesía es dejar de ser uno para sentir en el dolor de los demás, ingresar en el ambiente de los otros. Por ello es necesario despersonalizar el yo poético, para que no sea un yo privativamente individual, romántico, de alegría, toda esa esfera auto referencial, sino que toque a los demás, y se vuelva un yo más colectivo.

Esto pone de presente dos pugnas que vive la poesía: la pugna declarada con la realidad inmediata, pero no por las vías de la evasión; y la pugna por encontrar la palabra justa en el inmenso pajar del lenguaje, no la palabra buscada para el poema sino la que parece que lo buscara. Así, la preocupación constante de los poetas a lo largo de la historia es el qué decir y el cómo hacerlo: conceptos tan ligados que no pueden tener fisuras entre sí. Una verdad mal dicha corre el riesgo de que se vuelva mentira, y una ficción elaborada en un rango estético adquiere condición de verdad.

¿QUÉ LEEN LOS POETAS?

La poesía es una forma de pensar. Al igual que la filosofía, busca esencias a través del lenguaje para producir un pensamiento; no necesariamente está hecha de ideas, conceptos y mucho menos de sentimientos, pero reúne todo eso de una manera exclusiva. Los poetas que más seducen son los que logran desde la lírica habitarnos y



acompañarnos. *Un poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca, es un tratado de esa ciudad tan maravillosa y tan miserable al mismo tiempo, descrita en libros de sociología e historia. Pero pocos poetas de ese país o esa ciudad logran la conmoción extraordinaria de este andaluz que llega a Nueva York y, en poco tiempo, descubre el alma de la ciudad, su dureza y su belleza. Tras su lectura, el libro empieza a habitarlo a uno y a establecer un dialogo como el que se establece con la filosofía. La poesía logra una transformación del individuo en un rango que no es colectivo.

Leer poesía es reclamar el derecho a ser politeísta, a tener muchos poetas que entran y salen. Hay poetas que acompañan por mucho tiempo. A Cesar Vallejo hay que leerlo siempre, porque quizás es uno de los pocos que logra que el poema no solamente hable del cuerpo, sino que el poema mismo es un cuerpo que respira. Cada uno de sus versos está vacunando el mundo y la vida. Otro grande y poco conocido en nuestro medio es el italiano Giuseppe Ungaretti, recomienda Espinosa.

En Colombia hay muchos poetas que se deben leer porque tienen algo que contar y enseñar. Rafael Pombo, Mario Rivero, Andrea Cote, entre otros; sin embargo, los invitados destacan a Aurelio Arturo y a Luis Vidales. Con aquel es como si América fuera descubierta por segunda vez, no por la conquista sino por el asombro. Él está en ese mestizaje; a donde llega, una lengua se enamora y se demora en un territorio, y nos recuerda otro tipo de tiempo y realidad. En Arturo el pasado es él mismo, es la imaginación de un niño. Vidales quizás hace lo mismo pero a través del humor, la ironía y la risa. Aquel nos recuerda que no hay que dejar de deslumbrarnos, y este nos recuerda que no hay que olvidar de reírnos.

En la lectura de la poesía hay que recuperar la visión del niño porque lo más cercano al poeta son el niño y el loco, que le dan vida a los objetos. Un niño que se esconde en un armario hace la noche; en el rango del animismo los locos cambian las realidades por medio de la imaginación. Vidales y Arturo son niños muy distintos; este es un niño ensimismado, evocador de su niñez, y aquel es burlón: se burla de sí y eso le permite burlarse de los demás, con un asombro permanente de Peter Pan. Aurelio Arturo no pensaba en el paraíso perdido sino que se inventó una infancia a falta de un pasado distinto, puesto que no hay nada más difícil para un latinoamericano que tener un pasado, porque el nuestro es terrible. Se inventa un pasado remedial, donde la ciudad no nace de la imposición, como ha pasado en la historia de Colombia, sino de la palabra, que como él la denomina, es balsámica, como música que va curando.

APOLOGÍA DE LA POESÍA COLOMBIANA

La poesía colombiana tiene un rango estético muy alto. Desde la madre Josefa de Castillo y otros poetas de la colonia, se fue construyendo un corpus que quizás no



tenga ningún otro género en el país. Es difícil encontrar alguno que pueda seguir la trayectoria tan clara, pero con los obvios avances, retrocesos y pugnas, con espejos y decapitaciones. En la actualidad pareciera que se la ha dejado de lado por el auge de la narrativa. Pero ese es un resultado del interés comercial de las editoriales, que han marginado los tres géneros que más han aportado a nuestras letras: el cuento, la poesía y el ensayo.

Nuestra poesía ha logrado sensibilizar al país enseñando historias no contadas, las que no están escritas. La gran historia de la violencia no es la de la víctima o el victimario sino la de quien esperaba con sudor de hielo mientras oía las explosiones. La poesía cuenta eso que no se quiere oír y que hace parte de nuestra historia. En ese sentido, el poeta colombiano Aurelio Arturo lanzó una advertencia estremecedora de lo que está pasando hoy, él hablaba de un amor a una tierra, el amor a un paisaje en un país que actualmente tiene cuatro millones de desplazados. En Colombia la poesía es una especie de espejo reflexivo que permite ver lo que la historia siempre ha callado y es precisamente la verdadera memoria del país.

EL HERMETISMO DE LA POESÍA CONTEMPORÁNEA

Lo maravilloso de la poesía es su búsqueda de un lector demandante, que le exija mucho más que lo episódico, lo anecdótico de la historia. Este nivel de exigencia hace que algunos se rindan a dar la pelea por entender el mensaje que quiere difundir el poema. La poesía no busca la claridad pero tampoco lo oscuro; un poema o un poeta tienen la facultad de abrir una fisura en la realidad, una puerta al asombro; transformando, necesariamente, como forma de atrapar y envolver.

En ocasiones el poema lleva a regiones ininteligibles, navega en el misterio; donde el misterio es un valor estético que no se deja domesticar, es como una sustancia explosiva de la que cada quien entiende una parte. Nos señala que hay cosas arcanas al intelecto, que hay dimensiones incomprensibles de la vida humana. Más aún, si la poesía perdiera su extrañeza, sería como tener un ser humano al frente y no tener ningún misterio con él. El lenguaje hace lo que quiere con uno: hacemos parte de él, pensamos en él, él determina la realidad. La poesía es extraña porque precisamente nos habla de una vida que no podemos domesticar. Y no es irrelevante el prosaico problema de la terrible enseñanza que se imparte en los colegios, que promueve el rechazo de la poesía; porque en el fondo ella invita a cambiar de vida, a sentir las cosas, y a veces es mejor volverla aburrida para evitar suspiros.

La poesía es tan indispensable en la vida del hombre, que cuando éste entra en crisis lo primero que se afecta es la palabra, y comienza a perder su sentido. Por esto la poesía, en los momentos de dificultad, y sin proponerse programática, se torna una



forma de resistencia espiritual. Quizás por esto en el mundo de hoy se ha tomado un interés extraordinario, como en pocas épocas, en la poesía. Aunque esté expatriada de las editoriales está lejos de estar acabada. Ahora su digestión es más lenta, los poetas jóvenes escriben con menos pasión o guardan su obra en la mesa de noche, y esto se presta para un mayor rigor en el proceso creativo y una publicación más responsable. La poesía siempre ha sido un ejercicio de pequeños grupos que encuentran las formas de reunirse. Gracias a las nuevas tecnologías todos esos grupos alrededor del mundo están conectados y conversan simultáneamente; es como una reunión de luciérnagas.

